

ANDRÉS CAICEDO

CONOCE A JOE BRIEFCASE



Por:

María Juliana Soto

Comunicadora Social (Universidad del Valle)
julianita_521@hotmail.com

Miguel Tejada

Comunicado Social (Universidad del Valle)
Especialista en Creación Multimedia (Universidad de los Andes)
tejada004@gmail.com

Resumen:

En este texto planteamos un encuentro, una conversación entre un personaje ficticio y otro real, a la luz de las memorias del escritor colombiano Andrés Caicedo y del artículo E unibus pluram, del escritor norteamericano David Foster Wallace, pensando en las prácticas de interacción humana en la era de las redes informáticas y las comunidades virtuales.

Palabras claves:

Encierro, narración, tiempo real, televisión, interacción, internet, comunidades virtuales, Facebook, Twitter, YouTube.

*¿Cómo estar muerto de verdad?
Imposible; tendríamos que morir todos. Cualquier grito de auxilio
te inscribe, sin marcha atrás, a esta lista de sucesos que no podrán borrarse de la eternidad.*

Breve descripción del perfil

En el diván de un psicoanalista cuyo cansancio y falta de motivación no deberíamos descartar¹, reposan los despojos balbuceantes de un individuo común. Ha sido llevado a este punto por el sufrimiento que él mismo se ha procurado, a veces en un exceso de conciencia, a veces siendo víctima de una serie de ilusiones tecnológicas, padeciendo las consecuencias de tener colgando de su pellejo, y de su juicio, toda clase de prótesis² (virtualidades, máquinas de pensamiento artificial, simulaciones), pero lo que en resumen lo tiene aquí, luchando por no fundirse, es la resaca emocional que sufre luego de participar en este juego del *hacer-comunicar-gozar*, palabras de Baudrillard, refiriéndose a esta lógica de la interacción tecnófila, donde siempre está el imperativo de factibilidad antes de cualquier verbo: gozo en tanto el otro me *experimenta* gozando, por lo tanto, mi único objetivo es hacerlo *experimentarme*. Bienvenidos a los días del terror por el otro. Un terror sensual y maniático, el fastidio y la fascinación un mismo paquete de datos. Esta es la lucha que resume la existencia de este individuo caído en desgracia psiquiátrica. Su obra, como vemos, se ha vuelto en su contra, sus palabras y sus fetiches caen sobre él como la tierra que cubre el féretro donde yace horizontal un cuerpo que aun respira.

La ilusión de la inmunidad³ en aquel mundo que este individuo se propuso crear, se rompe como el cristal que es sometido a un golpe brutal. La contemplación voyerista es un estado de latencia, una meseta, la antesala al ataque histérico, algo natural, contrario al estado zen que se vende en los libros de supermercado, junto a los preservativos, las gomas de mascar y las revistas de variedades. El negocio de la infelicidad que encuentra su momento cumbre cuando el propio organismo se ataca. El doble filo de la autoinmunidad, el verdadero rostro de nuestra guerra interior⁴.

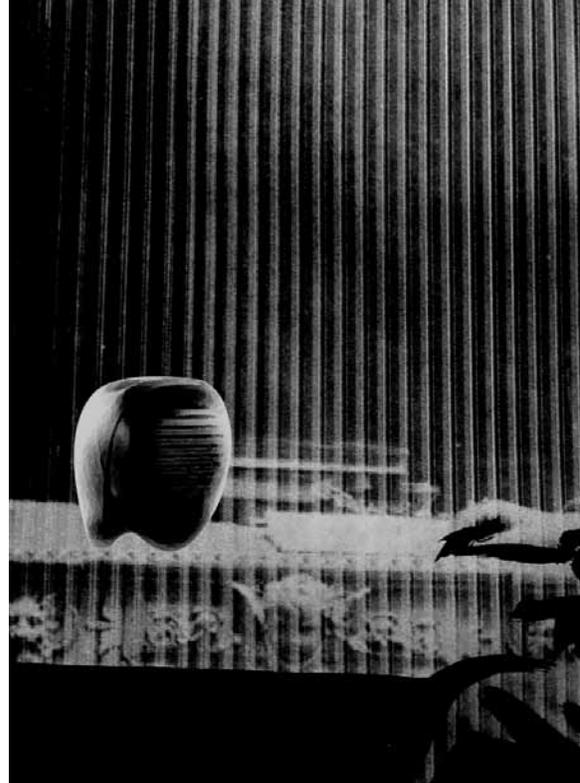
Vamos entendiendo el deseo furioso por controlar cada aparición, cada exposición. Un mecanismo de protección que llega a estar tan afinado como el reloj biológico interno (Pero claro, que falla un buen día) La experiencia con el universo de las redes sociales en su más pura esencia, algo que no difiere mucho de la experiencia del usuario de antaño con los medios tradicionales. Ser director y espectador al mismo tiempo, guionista y utilero, actor y productor. Esta es la vida a la carta, y tiene un precio muy alto⁵; el control que parece lograrse es una abdicación frente a formas de control y manipulación más oscuras. La ironía, como dijo David Foster Wallace, termina siendo un cinismo hastiado y patético, con el que creemos ponernos por encima del mecanismo de control, pero claro, en el fondo nadie es tan imbécil para creerse el cuento, porque si se han tenido las facultades mentales para dibujar la ironía en el cuaderno de su vida, bien se podrá estar seguro de que no hay nada seguro. Entonces, la idea del terror al ridículo y al fracaso puede tambalear, si dejamos un espacio para la autodestrucción. Pensemos en el abuso de drogas y sustancias que alteran la conciencia, para producir otra conciencia del frenetismo; el individuo violento que no se dispensa de sufrir, como dice E.M. Cioran.

Unos pocos buenos contactos

Una mente tan aguda, susceptible a los dolores de la lucidez, apuesta entonces por las bondades de una comunidad virtual. Esta es la suposición que hacemos: cómo sería la experiencia de Andrés Caicedo en una nueva colonia. En este mundo sin estructuras visibles, ni vericuetos legales kafkianos, sin las hostiles jerarquías que, oh hermosa promesa, desaparecerían en una democracia perfecta.⁶

Bienvenido Andrés a esta tierra donde no hay fantasmas...o espera: a lo mejor todos somos fantasmas, incapaces, o apáticos, para darnos un buen susto entre nosotros mismos. Aquí hay un micrófono abierto siempre, a tu disposición. Hazte escuchar, levanta la cabeza de tus apuntes melancólicos y dinos algo, por favor *¿Qué piensas?*⁷ Y también tenemos un lote de hojas (simulación de una hoja, pantalla en blanco con un cursor titilante) en blanco, para que escribas tus reflexiones en tu *diario-nodiario* y tus cartas. Aparece y desaparece, Andrés, esto es magia. Luz y sombra.

Tenemos que hablar de un acto de renuncia (como si esto te escandalizara), en el que dejamos atrás los paseos por el barrio Versalles y la Avenida Sexta. Y ni hablar de detenernos a contemplar el río Cali bajando de las montañas para enfilarse en picada hacia el Cauca hediondo que mataron tus paisanos; la brisa del mar Pacífico a las cinco de la tarde limpiando los vapores turbios de esta, la ciudad de tus amores, para una noche fresca, dispuesta al peligro de un beso y un puñal amenazando tu espalda o tu vientre. Olvídate pues de esa libertad a la que tanto le huías, porque la ciudad es hoy otra versión de las mismas pesadillas, solo que superpoblada y hambrienta hasta sus impensables límites geográficos. Sí, ya en tus días la denunciaste, a pesar de su encanto maldito⁸, como falsa, hipócrita, ciudad de viejas encopetadas con maridos buenos que por la noche se escapaban al centro en busca de mujeres sin dios ni ley. Descubriste las manchas debajo del mantel, las mismas costras que encontrarías hoy, si estuvieras vivo. Pero déjanos plantear una duda: ¿estarías recorriendo estas calles, descubriendo mentiras e infelicidades en cada esquina? ¿Irirías corriendo tras la noche, buscando el amor esquivo en amigos y niñas indomables, trastornadas, pobrecitas, con sus infiernos portátiles?



Queremos pensar que sí, que saldrías en busca de algo, pero aún no podemos ver con claridad cuál sería el objeto de tu interés, en esta ciudad de hoy, porque por más esfuerzos que hacemos, no encontramos algo esencialmente distinto. Entonces, el acto de salir a buscar algo se parecería más bien a la espeluznante experiencia en el laberinto de espejos. Irías de un lado a otro cazando rostros y voces suplicantes, inventándote retos y dilemas filosóficos, pero sólo te hallarías a ti mismo, reflejado y deformado, único habitante de la tierra que has invisibilizado con tu renuncia, con tu fastidio. Te encerraste en un arca, en una bóveda, buscando, con un afán inútil: tu bienestar. Pero el infierno se cocinaba en tus entrañas (¿a salvo del mundo en un perfil de Facebook luego de la pesadilla del 11 de septiembre? No: sufriendo de igual forma frente a una pantalla de cristal líquido, así lo habrías resumido, al final de tus días), tentándote a seguir en tiempo real la vida de esos otros que un día decidiste abandonar⁹ físicamente, para ventilar tus miserias desde el calor de tu madriguera.

Pensemos en tus seguidores, en tus fans¹⁰: ¿los tendrías a tus pies, pendientes de cada movimiento intestinal involuntario, o de cada contracción cerebral que decides compartir? Sí, creemos que sí los tendrías, pero entonces vendría la necesidad, la obligación, de reinventarte a diario, demostrando con eficacia y simpleza porqué eres tan especial. Tarea nada fácil, según lo que tienes en la cabeza; ese asco por la banalidad.

El otro asunto, Andrés, tiene que ver con la manía fetichista de observar a los otros, a esos que no te responden las cartas; tus objetos de admiración y repulsión, tus pesadillas con apellidos criollos, tus amores (¿Dónde estás, *patricita*?). Hoy podrías estarlo haciendo en tiempo real, sin descanso, pero entonces, ese tiempo tan escaso que tienes planeado para tu vida se reduciría, ahora sí, a casi nada, porque no habrían espacios en blanco para acostarte en tu cama a mirar el techo. Los instantes que le entregaste en tus días a la creación se te irían haciendo clic-clic ¿Dónde está esta condenada mujer que me ha abandonado?...No queremos ser tan atrevidos, Andrés, pero con todo este ruido ni tiempo para tu suicidio tendrías.



Lo mejor de estar así de muerto, dirías, es no tener que darle la cara a nadie. Es saberse más allá del bien, aunque no tan lejos del mal, porque muerto se le puede hacer mal a esos que creen haberle ganado algo a uno, por el simple -accidental- hecho de seguir con vida. El muerto sigue hablando de las cosas horribles de la vida, como habla el primermundista corriente cuyo relato sobrevive al tan esperado- y temido- desastre nuclear y a las pandemias creadas por las farmacéuticas. La literatura nostálgica y la evocación en un restaurante de comidas rápidas. Douglas Coupland¹¹ pone a hablar a estos muertos sin importancia, como una forma de perpetuación del horror; como un último recurso para prolongar la vida del único ser querido que dejamos morir en el olvido: nuestra memoria. Porque sí, en el fondo, todos compartimos un interés común, un impulso vital hacia el cáncer, hacia la violencia. Negarnos esto, con la predicación de doctrinas de la mutilación y la abdicación ante figuras mitológicas, dirán Nietzsche y luego Cioran, es una aberración, una imbecilidad contranatura.

Bienaventurado pues, se dice el pobre Andrés, que no conoció esta forma de perpetuación, esta congelación artificial, porque ya estaba pisando terrenos muy familiares a esto que hoy vivimos. Por eso su muerte, para nosotros los vivos, fue un verdadero fracaso. Esto hay que decirlo suponiendo que la asfixia y la falta de maldad, en vida, lo hicieron desear, de todo corazón, dejar de existir para siempre. Si quiso perpetuarse, entonces no fue a costa de su comodidad. Las pastillas por fin hicieron su efecto y él dejó de respirar. Acá en el valle de los vivos, los conocidos, amigos y enemigos, tuvieron que vérselas con su recuerdo, con su perpetuación.

En resumen, lo que discutimos aquí es la tarea del poeta de marras, del pensador de la calle, con sus barrios y callejones oscuros donde concurren el amor y la miseria. Andrés construyó un plan para la eternidad (claro, disfrutando y padeciendo el carnaval de contradicciones entre su vanidad y su lucidez), pero pudo zafarse de él. Por lo menos en un aspecto técnico¹². Hoy, es cierto, sus libros lo mantienen aquí entre los vivos, sus diarios y sus cartas, rescatados del olvido, intentan dialogar con los que muestran algún interés por su testimonio, pero es claro que su decisión fue abandonar el juego, renunciar al ejercicio masoquista de la interacción en tiempo real, una modalidad del tiempo que, por cierto, anula la trascendencia.

En sus días, la posibilidad de existir (para los demás) estaba limitada por barreras físicas claramente definidas, por periodos de espera y silencios largos, que le daban más tiempo para ahogarse en sus reflexiones sobre su relación con los suyos, con las calles que recorría y con sus películas ¿Habría querido él vivir en esta época de ruidos incesantes y mensajes copiosos, como partículas de luz? No, tal vez no, porque para construir un discurso, como se ensambla un tren cuyos vagones están cargados de ideas y proposiciones, este Andrés hipotético necesitaría tiempo para leer y ser leído. Ambas cosas, para nuestro referente de la red social, extrañas y paleolíticas. Lo segundo sería superar la ironía como fórmula *cool*, estereotipo televisivo de la rebelión juvenil. Ya vemos un elemento común: tiempo para elaborar, momentos de pausa para reflexionar, contrarios a este alboroto incesante, a este alocado carnaval de la interacción cínica.

Tu suicidio, Andrés, te puso a salvo de la era televisiva y de las comunidades virtuales. Nos dejaste, sin quererlo, un mensaje claro: nadie puede huir de la fascinación por la imagen, y cuesta mucho, en esta misma lógica irremediable, superar la ironía. Nadie está dispuesto a aspirar (mejor aspirar cocaína ¿no?) a algo elevado. Lo único a lo que un ser humano puede aspirar, con absoluta certeza, es a su propia muerte, pero cuidado: hoy ni siquiera de esto podemos estar tan seguros.

Internet es, sin duda, el lugar más aburrido del mundo.

Vamos a suponer ahora que Joe Briefcase, “*the average US lonely person*”, de Foster Wallece está aquí, frente a un computador, pensando que internet es, sin duda, el lugar más aburrido del mundo. Supongamos también que Joe Briefcase pasa más tiempo frente al computador que frente al televisor y, en general, pasa más tiempo frente al computador que dedicado a cualquier otra actividad, salvo dormir, tal vez.

No vamos a hacer un recuento de los eventos -mundiales y personales- a los que Joe Briefcase se ha enfrentado desde su aparición en E *Unibus Pluram* hace casi 20 años. Digamos, simplemente que, como usted y como nosotros, él ha estado aquí durante todo este tiempo y no ha sido un idiota. O al menos, no siempre lo ha sido. El Joe Briefcase de hace 20 años era un ciudadano norteamericano, que llegaba a su casa a las 5:30 de la tarde, después de una dura jornada laboral; encendía el televisor y se quedaba frente a él durante 6 horas aproximadamente, esperando ver cumplida la promesa de entretenimiento que profesaba la televisión, para alejarlo de los elementos desagradables de su vida. Sin embargo, esta promesa por sí sola, difícilmente lograría mantener a Joe Briefcase frente al televisor durante un periodo de tiempo tan largo. Para poder ver la *big picture* de Joe Briefcase sentado en su casa viendo televisión hay que agregar (1) la televisión no pide nada a cambio por la atención que Joe Briefcase le brinda[1] y (2) proporciona y permite sueños y esto trasciende en la vida Joe Briefcase, incluso más allá del entretenimiento.

Joe Briefcase, el “falso voyerista” que ansiaba olvidarse de su vida y soñar con otras realidades, al menos durante 6 horas diarias, deseaba ver sin ser visto. Aquí hacía alarde, en silencio, mientras masticaba un trozo de lasaña congelada, de un cinismo también falso, o patético, porque sabía que la gente de la tele fingía ser observada, pero su perspicacia y su renuncia a una ilusión genuina, le daban este estatus de rebelde-tirado-en-un-sofá. Hoy, gracias a la aparición de los *realities* y de las famosas “cámaras escondidas” podríamos pensar que además de ver, el buen Briefcase desea ser visto, y esta nueva forma del deseo se ha alimentado no solo con las nuevas posibilidades (infinitas, ruidosas) de la televisión en alta definición; Hoy, con el crecimiento de internet, y especialmente con la posibilidad de interacción de los usuarios: Facebook, Twitter, YouTube, Flickr, Wikipedia, Google, se dibuja una nueva promesa de entretenimiento y de proveedores de sueños, una nueva fantasía cínica y esquizoide para Joe Briefcase.

Pero no dejemos disolver en la nube (lugar en el que escribimos este texto[2]) la afirmación que hace silenciosamente Joe Briefcase cuando está solo, sentado frente a su computador: internet es, sin duda, el lugar más aburrido del mundo. Así es: algo salió mal, Joe Briefcase levantó la sábana que cubría el cuerpo muerto del entretenimiento[3] ahora él también está muerto. Y tiene que ocultárselo a todo el mundo.

Primero dinos, Joe, en 420 caracteres, qué tienes en la cabeza. Crea un perfil para ser visto, pero sobre todo para ocultar aquello que te desagrada de tu vida y comienza diciéndonos quién eres después de haber pasado 20 años frente al televisor. Anda, resúmelo.

Podrías decir que has abandonado tu cómodo sofá y que ahora matas tu tiempo girando en una silla con rodachines, cambiando, editando, “etiquetando”. En palabras más amplias: manipulando tu perfil de Facebook ¿Acaso la televisión está perdiendo la batalla por mantenerte como el rebelde-tirado-en-un-sofá y ahora eres libre porque estás “un poco lejos” de ella? ¿Has dejado de ser el teleadicto de los años 90¹³ para convertirte en el adicto a Facebook? Las fórmulas se repiten y de esto, al parecer, pocos se salvan. En ese sentido sigues siendo el mismo, un “falso voyerista” que observa, esta vez, tanto a conocidos como a desconocidos. Imágenes telescópicas a un *click* de distancia en la supuesta vida de los demás, pero ellos, Joe, ¿hacen lo mismo contigo?

Digamos que Dios Matamoros hace un comentario y escribe tu nombre para que lo veas:

“¿Por qué el Facebook me sigue preguntando si conozco a la persona que estoy agregando como amigo? Por supuesto que lo conozco. Yo conozco a todos. Facebook idiota.” dice el buen Dios.¹⁴

¿Por qué este “amigo” tuyo te hace partícipe de sus comentarios? Lo cierto es que *Dios Matamoros* no es ningún amigo tuyo y si te lo cruzas en la calle no lograrías identificarlo. O tal vez sí, y las sospechas de que uno de tus compañeros de trabajo es el tal *Dios Matamoros* son ciertas ¿y qué?...¿Quién es *Dios Matamoros*? acaso eres tú en un soliloquio, aplicando, en esta nueva manera de interactuar con el mundo al que eres alérgico, la ironía que aprendiste durante todos estos años de teleadicción?

La ampliación de posibilidades para encontrarte con el mundo no garantiza que los problemas estén resueltos, así como el aumento de canales de televisión no garantizó que ésta se volviera menos “cínica o pasiva”¹⁵. Manipular artificialmente tu vida creando nuevos “yo”, desapareciendo y mutando; haciendo cada vez más verosímil la experiencia de ver y ser visto en una pantalla, hace que los encuentros genuinos con otras personas te produzcan mucho más miedo y que, en general, te sientas incómodo como cuando te dabas cuenta de que pertenecías a la masa multitudinaria que veía una cantidad exagerada de imágenes cuyo mensaje principal era: el sentido de la vida es estar lejos de la masa ¡Vaya contradicción!

Hay algo, Joe, que ocurre cada vez entras a tu perfil de Facebook bien sea como Joe Briefcase o como Dios o como Michael Jackson. Una fisura incómoda, casi imperceptible, pero real: como el ardor que produce cortarse con una hoja de papel. Algo anda mal, te dices, percibes el aroma de esa fragancia barata, mezcla de mal gusto entre tu desencanto, la ironía de los tuyos y tu flexibilidad agrídulce: no exiges nada de nadie y mucho menos de ti; esto es lo que se repite, y lo que más nos llama la atención es que esta repetición te produce dependencia. Extraviaste los manuales, las guías éticas que te aconsejan pensar dos veces; te enseñan a pensar, a escoger y a discernir. Dejas pasar el mundo, como sea que estén las cosas.

Ahora eres @joebriefcase. Tienes 140 caracteres para que le digas al resto del mundo “qué está pasando” en tiempo real “*Everyone is so near. What’s going on?*” ¿Olvidaste acaso aquella canción que tu banda favorita entonó con la llegada del nuevo siglo?¹⁶ El tiempo real, ya sabes, anula casi por completo, la posibilidad de elaboración juiciosa y significativa, anula la posibilidad de narrar, de comunicar¹⁷. En palabras que ya dijimos, anula la trascendencia.

@joebriefcase: almuerzo?

@joebriefcase: Pandereta en la oficina. El horror.

@joebriefcase: Nos dieron desayuno :D

@joebriefcase: Ayer dije “mi novia”... raro.

@joebriefcase: Incendio a una cuadra de mi casa :/

@joebriefcase: Me miraron feo por contar un chiste

@joebriefcase: @soymuyaburrido en Cali existen.

@joebriefcase: Yo debería comprarme una guayabera blanca.

@joebriefcase: Que horrible. Estos manes solo vienen a tragar.

@joebriefcase: Reporto limpieza total de la ciudad gracias a lluvias.

@joebriefcase: Quiero un wallpaper de una vieja en bikini. Like a mecanico

@joebriefcase: A mí me gustaría ver al humano detrás de la @¹⁸



Hay una nostalgia evidente por la conversación artesanal . Un deseo latente por existir en todo momento y en todas partes, pero “¿qué interés puede presentar una vida?”²⁰

Y eso no es todo: ahora, Joe, *Broadcast yourself* , trasmítete a ti mismo. Proponemos aquí una pausa para preguntarte si de verdad tienes ganas de hacer todo esto y si cuentas con los suficientes contenidos colmados de significación que, en teoría, se necesitarían a la hora de este tomar y ofrecer este té. Estas preguntas incómodas son importantes por lo que viene: El lugar en el que has permanecido durante 6 horas diarias desde que Foster Wallace te nombró por primera vez , se encargaba de generar el ambiente propicio para que le entregaras a la televisión lo que necesitaba de ti: nada. El sofá era el lugar perfecto para recibir sin dar nada a cambio, además ese era el trato. Ahora bien, las condiciones del juego han cambiado.

Pensemos por instante en los videojuegos: antes nintendo 64, hoy Wii. Parece que hay una tendencia por sacarte del sofá. No queremos decir si esto es mejor o peor que lo que viviste en los 90, lo señalamos porque sí cambia radicalmente la manera en la que interactúas con el mundo. Hay, al menos, un nuevo esfuerzo físico antes inexistente.

La vieja dependencia a la televisión quedó atrás para ti, Joe. Has volteado la página, archivando aquella imagen del sedentario incrédulo y morbosos. Hoy, para consolarte, le cuentas a toda la gente que no te importa todas las pavadas se te ocurren. Esto parece un carrusel divertidísimo, todos damos vueltas hasta vomitar, y luego, volvemos a subirnos. Estas son tus imágenes en movimiento, en la otra realidad creada con tus propias prótesis: pornografía/paseos familiares/conferencias/ conciertos / covers...

La dependencia y el cinismo, sin embargo, viajaron contigo, de una tecnología a otra²¹

Joe, llegaste a casa a las 5:30 de la tarde, después de una insufrible jornada laboral, encendiste el televisor como una vieja costumbre y te conectaste a internet ¿para qué?

La vida, afuera, no se ha hecho más amable, el hambre/desempleo/terrorismo/calentamiento global están mucho más cerca de la casa del barrio; titilan en el *teléfono inteligente* que tienes en la mesita de noche.



Notas:

¹ Gilles Lipovetsky describe lo poco motivantes y aburridos que pueden ser los trastornos psicoafectivos posmodernos: se trata de una suerte de malestar aéreo, mezcla de cansancio y desinterés por adquirir un compromiso afectivo a largo plazo; por abrazar una ideología. Es el vacío (la succión) que ha quedado en el tronco del individuo consumista y narcisista.

² Jean Baudrillard, a propósito del individuo que dona su inteligencia, su inherencia, a una máquina: “El Hombre Virtual, inmóvil delante de su ordenador, hace el amor por pantalla y da sus cursos por teleconferencia. Se vuelve un paralizado físico, pero sin duda también cerebral. Solo Así llega a ser operacional”

³ Tema medular en la obra de Sloterdijk. La inmunidad, para este momento en la historia, viene a ser preocupación más profunda y genuina del capitalismo moderno (y esto no significa que la necesidad de protegerse de las amenazas externas, del mundo, en fin, sea algo nuevo). Es un pacto entre los individuos y una aspiración colectiva; construir un mundo artificial (esferas, burbujas, fortalezas, arcos, bóvedas, colonias virtuales) lengua esencial de la seguridad; códigos compartidos a manera de prevención. La violencia y la barbarie, la incivilización, son pues las figuras antagónicas, las amenazas; los agentes antidemocráticos, los terroristas islámicos y los evasores de impuestos, las enfermedades que traen los inmigrantes.

⁴ E.M. Cioran, en “La tentación de existir”: “Resistir a la felicidad es algo que la mayoría logra; la desdicha, en cambio, es insidiosa de otro modo ¿La habéis probado alguna vez? Nunca os saciaréis de ella, la buscaréis con avidez, y, preferentemente, allí donde no está, y la proyectaréis ahí pues, sin ella, todo os parecería inútil y sin brillo”

⁵ Son rumores, claro, pero nadie se escandalizaría a estas alturas si se llegara a confirmar la alegre afirmación que supuestamente hizo Mark Zuckerberg, hablando del éxito de Facebook: “Tengo 4.000 correos electrónicos y sus contraseñas, fotos y números de seguridad social, la gente confía en mí, son tontos del culo”.

⁶ Primeras apuestas a propósito de las posibilidades del internet: un espacio accesible, por igual, para todos. Candidez ya familiar en los primeros momentos de júbilo que han sucedido, por lo general, la aparición de un nuevo medio de comunicación.

⁷ Las máquinas hablándole al hombre cansado y que desea prescindir de sus facultades. La nueva versión de la red, la interacción, tiende más a la delegación, al gesto de abandono para contemplar mejor el espectáculo de nuestras propias vidas (BAUDRILLARD, Jean, La transparencia del mal .1989)

⁸ “¿Cali lo atrapa a uno y no lo suelta? ¿Es verdad eso? Miraré una cosa distinta cada día. Haz de cuenta que estás interno, lejos del hogar y escribes para matar el tiempo y para darle una forma independiente a la tristeza que ahogas” Caicedo Estela, Andrés. “El cuento de mi vida” Edición de María Elvira Bonilla. Norma. Cali, 2007.

⁹ “Escribo estas líneas mientras abajo en la ciudad, se oye estruendo de carros pitando por Álvaro o por Gómez, o por la UNO ¡Se decide la misma suerte del país y yo aquí, tratando de aliviarme descargando estos malos pensamientos! Mi alivio llegaría ¿cómo? Buena pregunta” Caicedo Estela, Andrés. “El cuento de mi vida” Edición de María Elvira Bonilla. Norma. Cali, 2007.

10. La idea de un reino justo, igual para todos, se cae ante la necesidad mercantil de tener estrellas, referentes para amar o detestar. En Facebook, hoy podemos tener un perfil ordinario, un resumen variopinto de nuestras vidas poco interesantes, o podemos tener una página, pero solo si contamos con alguna cualidad que nos diferencie de la masa.

11. El muerto habla en su texto “La vida después de Dios”, y da con generosidad detalles audiovisuales de su muerte, en tiempo real.

12. La tecnología propicia una construcción de sentido que supera la contemplación y la palabra escrita para la eternidad (en papel). Hoy se privilegia la acción sobre el instante congelado (la contemplación). La técnica de Andrés estaba en sus escritos, que serían los mismos siempre, dispuestos, eso sí, a incontables lecturas y cuestionamientos, pero siempre estáticos, sin un dígito más. Iguales, escritos sobre una roca, a diferencia de los mensajes instantáneos y los párrafos electrónicos almacenados en bases de datos que se formatean todas las noches. Esta es la contraposición entre memoria y actualización dinámica, entre narración e información.

13. Dice Foster Wallace: “me temo que el viejo Joe Briefcase es teleadicto. Es decir, ver la tele se puede convertir en una adicción perversa (...) y cuando digo adictiva y perversa, nuevamente no quiero decir malvada e hipnotizadora”, en “E unibus pluram” p.53

14. Dios Matamoros es un perfil de Facebook administrado por una persona que no revela su identidad. Sus actividades evidentes en esta red social son comentar fotos de sus contactos, escribir en el espacio “what’s on your mind” y hacer mofa de su nombre.

14. Foster Wallace aclara, “Más que una cultura televisiva banal ahogada en imágenes chabacanas, Gilder -futurólogo de los medios de comunicación- vaticina una cultura televisiva redimida como por un número mayor de elecciones y un control mucho mayor sobre lo que uno...Ejem. ¿Ve? ¿Pseudoexperimente? ¿Sueña?

15. Es descabelladamente poco realista pensar que el aumento de opciones resolverá por sí mismo nuestro problema con la televisión.” en “E unibus pluram” p. 92.

16. La banda inglesa Radiohead lanzó su cuarto álbum musical titulado Kid A, en Octubre de 2000. “The National Anthem” es el tercer track . Esta es la letra de la primera estrofa: “Everyone, Everyone around here, Everyone is so near What’s going on? What’s going on?”

17. Benjamin, en El Narrador, al hablar de comunicación e información, como procesos diferentes: “La información cobra su recompensa exclusivamente en el instante en que es nueva. Sólo vive en ese instante, debe entregarse totalmente a él, y en él manifestarse. No así la narración pues no se agota. Mantiene sus fuerzas acumuladas, y es capaz de desplegarse pasado mucho tiempo”.

18. Estos mensajes son tomados de cuentas reales de Twitter, pero nos abstenemos de divulgar la identidad de las personas que los escribieron.

19. A propósito, explica Benjamin, “los nidos, las actividades íntimamente ligadas al aburrimiento-, se han extinguido en las ciudades y descompuesto también en el campo. Con ello se pierde el don de estar a la escucha, y desaparece la comunidad de los que tienen el oído atento. Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas .Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído. Cuando está poseído por el ritmo de su trabajo, registra las historias de tal manera, que es sin más agraciado con el don de narrarlas. Así se constituye, por tanto, la red que sostiene al don de narrar. Y así también se deshace hoy por todos sus cabos, después de que durante milenios se anudara en el entorno de las formas más antiguas de artesanía”.

20. “no se imagina uno a Dante o a Shakespeare anotando los menudos incidentes de su existencia para ponerlos en conocimiento de los otros. Quizá incluso tendrían a dar una falsa imagen de lo que eran. Tenían ese pudor de la fuerza que el deficiente moderno ya no tiene. Diarios íntimos y novelas participan de una misma aberración: ¿qué interés puede presentar una vida? (...) No he sentido una sensación de verdad, un estremecimiento de ser más que en contacto con analfabetos (...) No tenían ninguna necesidad de inventarse una vida: existían; lo que no le sucede al civilizado. E.M. Ciorán, en “La tentación de existir”. p. 140.

21. “Ya sea un espectador <activo> o <pasivo>, tengo que seguir fingiendo cínicamente, porque sigo siendo dependiente, porque mi verdadera dependencia no lo es respecto de un programa en concreto o de unas cuantas cadenas (...) Mi verdadera dependencia es respecto de las fantasías y las imágenes que las hacen posibles, y por tanto respecto de cualquier tecnología que pueda hacer las imágenes al mismo tiempo posibles y fantásticas. No se equivoquen: dependemos de la tecnología de la imagen; y cuanto mejor es la tecnología, más enganchados estamos.” David Foster Wallace, en “E unibus Pluram” p. 94.

Bibliografía

- BAUDRILLARD, Jean, La transparencia del mal. Anagrama, Barcelona, 1990.
- BENJAMIN, Walter, “Para una crítica de la violencia y otros ensayos”, Taurus, Madrid, 1991
- CAICEDO ESTELA, Andrés. “El cuento de mi vida” Edición de María Elvira Bonilla. Norma. Cali, 2007.
- COUPLAND, Douglas. “La vida después de Dios” Ediciones Grupo Zeta. Barcelona, 1997.
- CIORAN, Emile Michele, La tentación de existir (2002) Ediciones Santillana Generales , SL. Madrid, 2004.
- FOSTER WALLACE, David. “Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer” Mondadori, Barcelona, 2008.
- LIPOVETSKY, Gilles, La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Anagrama, Barcelona, 1986.
- SLOTERDIJK, Peter, “Esferas II. Globos. Macrosferología. Ediciones Siruela. Madrid, 2004.
- SLOTERDIJK, Peter, “El Palacio de Cristal”, Conferencia pronunciada en el marco del debate “Traumas urbanos; La ciudad y los desastres”, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, CCCB. 2004. www.cccb.org/rcs_gene/petersloterdijk.pdf
- VÁSQUEZ ROCCA, “Peter Sloterdijk; Esferas, helada cósmica y políticas de climatización”, En Eikasia Revista de Filosofía, año I - número 5- julio 06 , Oviedo, España <http://www.revistadefilosofia.com/SLOTERDIJK.pdf>